



Paradigmas de comunicación: un mapa con memoria latinoamericana

Communication Paradigms: A Map With Latin American Memory

Jesús Martín-Barbero^(*)
Colombia

Resumen

¿Qué concepciones de lo social y qué modelos de comunicación nos permiten insertar hoy la investigación en los procesos de transformación de la vida política y cultural de nuestros países? La respuesta a esa pregunta es actualmente bastante más oscura y compleja, ya que ahora no contamos con las seguridades que nos ofrecían los paradigmas totalizadores del funcionalismo, el marxismo o el estructuralismo. Ni las figuras de lo social ni los modelos de comunicación se dejan pensar hoy tan unificadamente. Del estallido de esa unidad habla el debate sobre la pertinencia y el sentido de la teoría de la comunicación en un mundo en el que la globalización "reconvierte" mercadológicamente los medios y los procesos. El texto traza el mapa de ese debate. Para ello, se remite a dos tiempos: el de su apertura por sociólogos de Lei-

Abstract

What conception of social features and what models of communication allow us to insert the research in the processes of transformation of the political and cultural life of our countries today? The answer to this question is currently darker and more complex, since now we do not rely on the safeguards that the functionalist, marxist or structuralist totalizing paradigms offered us. Neither do the features of the social entity, nor the models of communication allow themselves to be thought in such unified way today. The explosion of this unit is the topic of the debate on the relevance and sense of a theory of communication in a world where globalization "reconverts" in the market the means and the processes. The text draws the map of this debate. Because of that, it is important to take into account two periods of time: the

cester y de Madrid ya a fines de los años ochenta, y un segundo tiempo, el que ya entrados los noventa emerge el paso de la idea de una sociedad postindustrial a la de sociedad de la información.

Palabras clave: *teoría de la comunicación, sociedad de la información, modelo social, revolución tecnológica.*

first one, the opening by sociologists of Leicester and Madrid in the late eighties, and the second period, in the nineties, when the idea of the information society emerged, substituting the post-industrial one.

Keywords: *theory of communication, information society, social model, technological revolution.*

Durante los años del despegue -inicios de los 70 a mediados de los 90- la investigación latinoamericana *en Comunicación* tuvo en la indagación de la trama social de los dispositivos comunicacionales un modo primordial de acceso a la comprensión de su sentido como enclave de dominación o emancipación. Pero, en su capacidad de convertir las ideas en recetas, la academia se apropió de esa cuestión mediante una trampa: la de sustituir la ausencia de *referentes en lo real* por densos entramados textuales. Y no aludo únicamente al pansemioticismo del “todo es signo” o “todo es texto” sino también a las marxistoides generalizaciones que nos ahorran el análisis de los contextos nacionales y de los muy diversos tipos de procesos, de medios y de prácticas comunicativas, de modo que la escolástica marxista, en la que se agazapaban dogmatismos e inercias ideológicas, acabó haciendo de una cuestión estratégica una mera y hueca jerga académica. La salida de aquella trampa unidimensionalizante y totalizadora nos ha exigido ponernos a la escucha de las situaciones y los contextos nacionales o locales, haciéndonos sensibles a la cotidianidad de los mundos de vida, a las mediaciones y a las diferencias socioculturales. Pero esa revaloración de las *referencias* por sobre las *inferencias* generalizadoras y paralizantes desemboca hoy en una experiencia de heterogeneidad de lo social que amenaza con instalarnos en una peligrosa fragmentación. Pues, atravesada por las innumerables grietas que el reconocimiento de la diversidad abre en nuestras sociedades, hasta hace poco pensadas de manera fuertemente monoteísta, emerge un nuevo tipo de brecha en la que el lazo social se nos des-hace en cuanto trama articuladora de discursos y prácticas. Estamos, otra vez, necesitados de retomar las “cuestiones de fondo”, y preguntarnos de nuevo por el sentido de las relaciones comunicación/sociedad. Pues lo que ahí está en juego no es ya sólo un problema de coherencia teórica o de pertinencia metodológica sino de validez histórica: ¿qué concepciones de lo social y qué modelos de comunicación nos permiten insertar hoy la investigación en los procesos de transformación de la vida política y cultural de nuestros países?

La respuesta a esa pregunta es hoy bastante más oscura y compleja, ya que ahora no contamos con las seguridades que, en los tiempos del despegue, nos ofrecían los paradigmas totalizadores del funcionalismo, el marxismo o el estructuralismo. Ni las figuras de lo social ni los modelos de comunicación se dejan pensar hoy tan unificadamente. Del estallido de esa unidad, que es a la vez teórico y político, habla el debate sobre la pertinencia y el sentido de la teoría de la comunicación en un mundo en el que la globalización “reconvierte” mercadológicamente los medios y los procesos.

Al mismo tiempo que nuestras sociedades entran con fiebre adolescente en la carrera de las innovaciones tecnológicas. Pero la euforia tecnológica está conduciendo a un profundo malestar intelectual: mientras en los medios la función comunicativa es relegada a dimensión residual de las opciones económico-industriales es la sociedad toda la que pasa a ser pensada como *sociedad de la información*. Y entonces: ¿cómo pensar una especificidad de lo comunicativo que no desemboque en determinismo tecnológico y legitimación de la apabullante concentración del poder mediático? Ése es el propósito de este texto en el que reescribo algunos apartes de una reflexión a la que vengo retornando y contrastando periódicamente desde hace veinte años.

1. TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN: ¿NECESARIA?

Para trazar el mapa del debate vamos a remitirnos a dos tiempos: el de su apertura por sociólogos de Leicester y de Madrid ya a fines de los años ochenta, y un segundo tiempo, el que ya entrados los noventa emerge el paso de la idea de una sociedad *postindustrial* a la de *sociedad de la información*.

1.1. El grupo de Birmingham le niega pertinencia teórica

Empezaremos entonces por la posición más radical, que es la de los investigadores de Leicester, Graham Murdock y Peter Golding, negándole la más mínima pertinencia a una teoría de la comunicación (Murdock y Golding, 1981)¹, ya que en la pretendida necesidad de esa teoría no habría sino una amalgama de prenociones, ingenuidad empírica y sobre todo un accidente puramente verbal: la elasticidad semántica de la palabra que, al permitir a la idea de comunicación hacerse presente en muy diversos campos, ha llevado a pensar en la existencia de un “campo común”. Campo cubierto por dos figuras: la de una teoría general de la comunicación o la de una teoría restringida a las comunicaciones masivas. La primera sería doblemente peligrosa pues no sólo segrega de la teoría social los procesos

¹ En ese volumen (Curran, Gurevitch, Woollacott, 1981) interesan también los textos de Elliot y Hall. Los *Cuadernos del TICOM* han publicado de G. Murdock y P. Golding “Ideología y medios masivos: la cuestión de la determinación”, n° 33 de 1985, que contiene también el texto “Teorías de comunicación y teorías de la sociedad”. Ver también de G. Murdock, “Las transmisiones y la diversidad cultural” (1983). Sobre el debate teórico que sirve de fondo a las posiciones de los de Leicester y la renovación del marxismo, ver: Anderson (1985).

de comunicación haciéndolos objeto de una teoría autónoma sino que al identificar las *relaciones humanas* con su componente comunicativo, esto es al leer las relaciones sociales en puros términos de comunicación, “se evacúan del análisis los problemas del poder y la desigualdad en las relaciones estructurales sin las cuales la teoría social se vuelve estéril” (Murdock y Golding, 1985b: 84). La teoría restringida, aquella que cubre únicamente el campo de la comunicación masiva, no puede llamarse seriamente teoría puesto que lo único que ha producido hasta ahora son modelos de diagramas para relacionar entre sí los mundos del emisor, el mensaje y del receptor, diagramas cada vez más sofisticados, pero que no podrán nunca ser tenidos por teoría, y menos cuando la complejidad del modelo es lograda a base de hacer pasar por interdisciplinariedad lo que no es más que eclecticismo, otorgándole al objeto de estudio -los medios masivos- una centralidad social y una significación teórica que responde más a requerimientos de la departamentalización académica que a demandas de la realidad social.

Análisis aparte les merece a Murdock y Golding la propuesta que ofrecen los *estudios culturales* adelantada pioneramente en los trabajos de Raymond Williams y Stuart Hall. Al situar explícitamente los medios “en el contexto de la cultura como totalidad” esa propuesta reorienta la cuestión de la comunicación masiva hacia “la recuperación de los yacimientos de la significación social que contienen los textos” (Murdock y Golding, 1985b: 88). Serio y estimulante el cuadro teórico elaborado por los estudios culturales adolecería sin embargo de insuficiencias que lo lastran profundamente. En lo que concierne a los trabajos de R. Williams (1976, 1980a, 1982, 1983) las críticas van dirigidas a la sobrevaloración de los textos implícita en un tipo de análisis que al reconocer en ellos las huellas de las relaciones estructurales de producción cree poder inferir de ahí “un análisis adecuado del conjunto de las relaciones y determinaciones sociales” (Murdock y Golding, 1985a: 23). Esa inferencia se apoyaría en una asimetría metodológica: mientras las formas simbólicas son sometidas a una elaborada anatomía, los procesos sociales son objeto únicamente de una esquemática descripción y tratados en base a continuas extrapolaciones. Respecto a los trabajos de Stuart Hall (1981, 1984) se critica sobre todo el que la salvaguarda de la autonomía de la esfera cultural desplace las presiones económicas hacia *el exterior*, conservando sólo como internas las conexiones de los medios con el Estado. Ciertamente que, como planteó Gramsci, el Estado es el lugar donde es construida la unidad de la ideología dominante, y donde por lo tanto la hegemonía es asegurada, pero eso no puede llevarnos a colocar fuera de esa misma dinámica el proceso de creciente interpenetra-

ción económica entre los diferentes medios, con el consiguiente reforzamiento internacional de la estructura de control. Las insuficiencias del economicismo no pueden ser paliadas con un politicismo que haga del Estado y la política los únicos espacios de poder, la exclusiva arena de la lucha por la democratización cultural.

Así planteadas esas críticas no invalidan en modo alguno los aportes fundamentales que los “estudios culturales” están haciendo a la reconstrucción del pensamiento crítico y al afinamiento de los instrumentos de análisis de la producción simbólica (ver en especial el decisivo trabajo de Williams, 1980b). A donde esas críticas apuntan es a arrancar de raíz la “ilusión” de que pueda ser necesaria, para el estudio de los procesos de comunicación, alguna teoría otra que no sea la *teoría social*. Lo peligroso de una aproximación a las comunicaciones desde la teoría cultural sería que sus insuficiencias desvíen el sentido que tiene la teoría social, su capacidad de dar cuenta de “las relaciones entre la distribución desigual del control sobre los sistemas de comunicación y los modelos más amplios de desigualdad en la distribución de la riqueza y el poder” (Murdock y Golding, 1985b: 95)². Pero es justamente ahí sin embargo donde radica, para otros, el nudo del debate: al negar la necesidad de una teoría explícita de la comunicación lo que se está haciendo es adoptar implícitamente la teoría de comunicación más simplista y simplificadora. La irrelevancia teórica atribuida al componente comunicacional se traduce en la asunción inconsciente de un modelo de comunicación que, proyectado sobre las relaciones comunicación/sociedad, atrapa éstas en el círculo de una visión instrumental y conspirativa.

1.2. El grupo de Madrid legitima su pertinencia

Para romper con ese círculo, Martín Serrano, y su grupo en Madrid (Martín Serrano, Piñuel, Gracia y Arias, 1982)³, adoptaron una posición inversa a los de Leicester: la construcción de una teoría social de la comunicación requiere la formulación de una *teoría general* de la comunicación. Y ese requerimiento es epistemológico, no meramente ideológico o

² Ese eje del debate ha seguido animando controversias entre sus principales protagonistas: Golding y M.Ferguson (1998), Curran, Morely y Walkerdine (1998), Hall (2003).

³ Hay también un conjunto de trabajos de Martín Serrano, J. L. Piñuel, S. Montes, A. P. Muñoz, J. Gracia en el nº 3 de la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (1978). De Martín Serrano ver en especial: *La mediación social* (1977) y *La producción social de comunicación* (1986).

académico, ya que nada tiene que ver con el pancomunicacionismo desarrollado en ciertos países, y según el cual en nuestra época la comunicación sería el motor y el contenido mismo de la interacción social. Se trata de un requerimiento epistemológico en la medida en que el vacío producido por la ausencia de una reflexión sobre la comunicación a ese nivel está siendo llenado por un conocimiento “aplicado”, fácil presa de concepciones biologistas, para las que la comunicación acaba convertida en norma de comportamiento destinada a asegurar la reproducción del grupo, o de concepciones idealistas incapaces de articular el desarrollo de las prácticas comunicativas al de las prácticas productivas y la organización progresiva de las relaciones sociales. De esa teoría general en su nivel epistemológico, que no podemos desarrollar aquí, queremos resaltar al menos como especialmente fecundo su punto de partida: la diferenciación entre los actos de carácter *ejecutivo* y los actos o interacciones de carácter *expresivo*, siendo sólo estos últimos el objeto propio de una teoría de la comunicación y negándose así a hacer de ésta una teoría “general” de la acción humana, como es la tentación permanente del comunicacionismo e interaccionismo norteamericanos. Es también fuertemente esclarecedor el lugar ocupado en esa propuesta por el análisis de la *referencia*, reconstruyendo desde él un concepto tan clave en el campo de la comunicación como el de *representación*.

Nos interesa especialmente la propuesta de una *teoría social de la comunicación* basada en el paradigma de la *mediación*. Que es aquel modelo “que trabaja con intercambios entre entidades materiales, inmateriales y accionales” adecuado para “estudiar aquellas prácticas en las que la conciencia, la conducta y los bienes entran en proceso de interdependencia”, y que no se limita a intervenir sobre las ideas “pues la mediación es un programa destinado a hacer cosas con las cosas y con el hacer cosas” (Martín Serrano, 1986: 22 y 26)⁴. Un modelo que, referido al campo del que nos ocupamos, busca dar cuenta de las *formas/instituciones* que toma la comunicación en cada formación social, de las lógicas que rigen los *modos de mediación* entre el ámbito de los recursos (materiales y expresivos), la organización del trabajo y la orientación política de la comunicación, y por último de los *usos sociales* de los productos comunicativos. La propuesta tiene a su vez como articuladora “la pregunta por el cambio, o para ser más precisos, por el intercambio entre dos cambios: el que se produce en las forma-

⁴ Ver también a ese propósito, sobre el concepto de mediación: Martín Serrano (1974, 1981).

ciones sociales y el que se manifiesta en las modalidades de la comunicación pública” (Martín Serrano, 1986: 24).

Se trata pues de una teoría cuyo objeto son los modos de interacción e interdependencia entre dos sistemas autónomos: el social (SS) y el sistema de comunicación (SC), interdependientes en el sentido de que las transformaciones de cada uno afectan al otro, pero autónomos en el sentido de que de cada uno puede partir la “iniciativa” de la interacción. Es evidente que aquí se halla para no pocos el punto ciego del problema, pues postular ese tipo de intercambio entre el SS y el SC implica que el SC no se confunde con el SS. Es decir que la coexistencia y la homología entre ambos sistemas no implica su identidad: “Una modalidad de comunicación siempre coexiste en el espacio y en el tiempo con alguna formación social, pero puede subsistir con otra sin transformarse cualitativamente” (Martín Serrano, 1986: 55). De igual modo en lo que atañe a las homologías, pues ambos sistemas incluyen componentes materiales, cognitivos y organizativos, pero ni los componentes de cada nivel -estructural, infra o superestructural- son los mismos, ni es postulable que ambos sistemas estén equifinalizados. Postular eso a priori acaba demostrando que la dificultad en diferenciar el SS y el SC se halla directamente ligada a la dificultad de pensar la comunicación por fuera de la función meramente reproductiva de lo social. Que es precisamente lo que se trata de superar analizando los diferentes niveles o planos en que se produce el intercambio y la interdependencia: del SS hacia el SC en el nivel del *control* que ejercen las instituciones políticas sobre el funcionamiento de los medios de comunicación, y en el de las *innovaciones* cuya referencia se halla en la producción comunicativa; del SC hacia el SS en el nivel del control que los medios ejercen sobre el sistema político, y en el de las orientaciones para la acción social que los medios proponen.

Tenemos así un complejo cuadro que nos permite hacer frente a los tipos de reduccionismo más frecuentes: el que creía poder explicar el funcionamiento de los medios de comunicación como un proceso de mero acoplamiento ideológico, el que creía poder explicar la organización de las instituciones comunicativas por la sola lógica del mercado, y finalmente el que creía poder explicar la evolución y el desarrollo histórico de la comunicación de masas por las leyes de la acumulación capitalista. Martín Serrano advierte que centrar el estudio en el análisis de la ideología es quedarse en el producto sin abordar la producción. Pues situar los procesos de comunicación en el nivel de una reproducción, cuya dinámica y cuya lógica

estarían en otra parte, sería ignorar lo que la historia social nos ha mostrado ya suficientemente: que en los medios de comunicación se puede dar cabida durante largo tiempo a innovaciones de cultura, del arte y las costumbres, que la norma social tardará mucho tiempo en integrar; y viceversa, cambios en la concepción del mundo que han penetrado la conciencia social tardarán largo tiempo en aparecer asumidos por el discurso de los medios. Y en lo que concierne al desarrollo que las comunicaciones de masa han tenido dentro del sistema capitalista, es cierto que ese desarrollo se halla fuertemente vinculado a algunos dispositivos centrales de la acumulación del capital como la división técnica, la disminución del tiempo de trabajo, etc., y como lo es que la apropiación material del mundo pase hoy por el control de la información y por tanto por el de la innovación tecnológica que permite su producción y acumulación, pero “es posible, e incluso previsible que más tarde esas mismas innovaciones tengan consecuencias incompatibles con la perpetuación de un modelo de sociedad que basa la circulación de los bienes sociales, incluida la información, en su valor de cambio” (Martín Serrano, 1986: 89). Hacia allá apuntan no pocos desajustes, brechas y contradicciones como las introducidas por la conquista de la sincronía comunicativa en el sistema de la comunicación masiva haciendo muy difícil un control que no sea censura, o el incremento en la proporción de las expresiones icónicas incorporando a la audiencia grupos sociales por largo tiempo excluidos de la información pública, o la expansión de los medios audiovisuales sincrónicos haciendo perder importancia a los intermediarios sociales de cuya autoridad provenían las interpretaciones aceptables de los acontecimientos, y el traspaso de las barreras geográficas produciendo nuevas formas de comunicación que entran en colisión con las demarcaciones establecidas y las correspondientes exclusiones que ellas amparaban. Pero junto a esas contradicciones movilizadoras están también aquellas otras que al menos hoy pueden ser calificadas como negativas: así el fetiche de la actualidad, ligado a la sincronía entre acontecer e información, desvalorizando otras temporalidades y mistificando el valor de los medios masivos; o la transformación de los modelos expresivos tornando obsoletos algunos, fundamentales en la cultura y la comunicación de los pueblos, antes de que se produzca la transformación y adaptación de los modelos cognitivos; y la enculturación y colonización cultural acarreadas por la aceleración en la distribución de los productos masivos privando a muchos pueblos de las herramientas de que disponían para una apropiación enriquecedora de esos productos.

Lo que esa ambigua y contradictoria relación entre comunicación y sociedad nos plantea es la imposibilidad teórica de seguir atribuyendo bien sea a los intereses de la clase dominante o a la infraestructura tecnológica la causalidad única de lo que en el espacio de la comunicación está sucediendo. Y esa tarea, la de superar los monismos reduccionistas, no puede ser encomendada ni a una teoría de la comunicación que no pueda incorporar las transformaciones históricas de la sociedad, ni a una teoría social incapaz de aceptar la dinámica propia de los procesos comunicativos.

1.3. El grupo de Bolonia desplaza los ejes del debate

El texto pionero, y quizá más decisivo, sobre el ajuste de cuentas con la sociología en el campo de la comunicación de masas, lo escribió Paolo Fabri en 1973 y su sólo título es ya bien dicente: “Las comunicaciones de masa en Italia: mirada semiótica y mal de ojo de la sociología”. En él se hace manifiesto cómo, por venir académicamente de la sociología y la antropología -y no de la lingüística- buena parte del trabajo semiológico en Italia va a construir una reflexión sobre la producción de sentido en la comunicación nada semiótica, muy atenta a las articulaciones sociales y las diferencias culturales. Y muy crítica también, desde temprano, de las limitaciones que presentaba el modelo informacional para dar cuenta de la trama de apropiaciones y reconocimientos de que esta tejida la comunicación/cultura de masa. El otro trabajo clave en la línea del emborronamiento de las fronteras puestas por las disciplinas y el deslinde de las nuevas cuestiones que acarrea la configuración de un campo como el de la comunicación de masas, es el desarrollado por F. Rositi. Su esfuerzo por sacar la comprensión de la cultura de masa de los “hábitos sociológicos que desconfían de los procedimientos hemenéuticos” lo aproxima a una semiótica de las percepciones sociales y las matrices culturales⁵.

Pero la respuesta más amplia y detallada a las pretensiones sociológicas de vaciar de sentido la necesidad de un abordaje teórico explícito de la cuestión comunicativa la ha proporcionado Mauro Wolf (1985)⁶, al

⁵ Hay una selección de los trabajos de Franco Rositi (1980), preparada por el propio autor, en la que nos parece especialmente pertinente a lo que estamos trabajando los textos reunidos en la primera parte bajo el subtítulo “Matrices históricas y significados funcionales en la cultura de masas”, y el último texto de la tercera parte: “Excedencia cultural y control social”.

⁶ Hay una buena muestra de la fecundidad del modelo de comunicación propuesto desde la semiótica textual, en la investigación realizada por Wolf, Casetti y Lumbelli (1980 y 1983). Y también en la investigación realizada por Wolf, Prat, Rizza y Violi (1983).

ofrecernos un cuadro histórico de los modelos de comunicación con los que han venido trabajando las diferentes teorías ya sea explícita o implícitamente. El modelo inicial, pero aun vigente y operante mucho más allá del campo en que nació -y remozado más que superado por mucha de la crítica- es el *modelo informacional*. Elaborado desde la perspectiva de la ingeniería telefónica por Shannon en 1948⁷ ese modelo efectúa el desplazamiento definitivo en la idea de comunicación desde el tradicional sentido de “poner en común” al moderno de transmitir y propagar. El texto de Shannon se abre con esta significativa frase: “El desarrollo reciente de diversos métodos de modulación que cambian el ancho de banda para una determinada relación señal-ruido ha intensificado el interés por una *teoría general de la comunicación*”. Una teoría, en verdad, de la rentabilidad informacional, esto es capaz de dar cuenta de la transmisión óptima de un mensaje en términos de *eficiencia difusiva*, y para la que el código es un sistema de reglas para asignar a las señales unos *valores* y no unos significados. Fue esa teoría la que generalizó Roman Jakobson (1963) asumiéndola como la clave de desarrollo de la lingüística en el momento en que ésta aborda el lenguaje como sistema de comunicación. Y fue ese mismo modelo, el del análisis de la propagación de la información, el que cargó de legitimidad científica los estudios norteamericanos, la *communication research* de los años 50 y 60. Había sin duda un perfecto ajuste entre la concepción *difusiva* de la teoría informacional y el paradigma de los *efectos* lineales y puntuales, entre la eficacia transmisiva buscada por el modelo y la pasividad receptiva postulada por la teoría conductista que inspiraba aquellos estudios. Pero no sólo se ajustaba bien al paradigma funcionalista, por paradójico que parezca el modelo informacional encontró también complicidad del lado de una teoría crítica dominada por la lógica de la reproducción social y una concepción predominantemente *instrumental* -pues operaba por aparatos- de la ideología.

La primera inflexión en ese modelo la introduce la semiótica estructuralista francesa al buscar conjugar el esquema informacional con la problemática de la codificación/descodificación en cuanto proceso de *producción y atribución de sentido*. Se trata de hacer pensables ciertas asimetrías en la competencia y la comprensión del significado de los mensajes, de asumir como parte del proceso comunicativo operaciones que tienen su procedencia en la disparidad sociocultural, de dar valoración no negativa a ciertas interferencias o “ruidos” y de analizar la transmisión en términos

⁷ Hay traducción castellana en un libro organizado por S. Montes (Shannon y Weaver, 1981).

de *transformación*. En el texto en que Eliseo Verón sintetiza el recorrido efectuado por la semiótica para superar una concepción instrumental de la ideología, resume el punto a que ha llegado la semiótica afirmando “la imposibilidad de inferir de una manera directa y lineal las reglas de reconocimiento a partir de la gramática de producción” (Verón, 1978: 11). Sin embargo la línea predominante en el análisis semiótico será aun durante bastante tiempo aquella que proyecta sobre el proceso comunicativo la figura de un sentido que circula, con ciertas trabas, de un polo al otro en una sola dirección. Y a estudiar esas trabas se dedicará la propuesta funcionalista, ahora remozada por la presencia en el análisis de cierto instrumental estructuralista, en sus investigaciones sobre la *comprensibilidad* de los mensajes. Y si de ese lado se sigue anclado en el análisis del éxito o el fracaso de las *significaciones transmitidas*, del otro, del lado impugnador y crítico se seguirá todavía confinados a estudiar lo que pasa en el ámbito de una ideología que “funciona” inevitablemente en un sólo sentido. La ruptura con el modelo informacional, que hace de la comunicación un proceso de mera transmisión de significados ya hechos, dados, se hace posible solo cuando la semiótica textual comience a hacer pensable una comunicación-mediación y negociación. Lo que, restringiéndonos al campo de la comunicación masiva, implica dar entrada a una nueva perspectiva con dos ideas básicas. Primera, que la relación comunicativa se halla constituida no por mensajes particulares -analizables aisladamente- sino por *conjuntos de prácticas textuales*; y segunda, que tiene lugar en la comunicación de masa una *asimetría fundamental* en la que se basa “la diversa cualidad de las competencias comunicativas del emisor y el receptor (saber hacer vs. saber reconocer) y la articulación diferenciada (en el emisor y en el receptor) de los criterios de pertinencia y significancia de los textos masivos” (Wolf, 1985: 128).

Sobre la primera formulación -naturaleza *textualizada* de la comunicación de masa- Wolf retoma la propuesta de P. Fabri inspirada en Juri Lotman (1979: 93 y ss.) acerca de la diferencia entre una cultura *gramaticalizada*, que remite la intelección y la fruición de la obra al conocimiento de las reglas explícitas de su gramática, y una cultura *textualizada* en la que el sentido y el goce de un texto remite no a su gramática -que se desconoce- sino a la familiaridad con otros textos, como sucede en el folklore y en la cultura popular. De ahí que mientras la primera está conformada por las *obras*, la segunda lo esté por los *géneros*, esos que para la crítica literaria no representan hoy sino estereotipos banalizadores de cualquier contenido y estrategias de conformización de los públicos pero en los que la “mirada”

semiótica descubre una estrategia fundamental de comunicación: aquella que, aunque atravesada por la lógica mercantil, no es reducible a la lógica del formato pues remite también a la configuración de determinados efectos de sentido que hablan de la diversidad de los modos de producción cultural y de fruición presentes en nuestra sociedad. Estudiado semióticamente el *formato* nos da la pista para percibir y comprender la elevada intertextualidad y viscosidad de una comunicación regida por la tendencia a guiarse en el plano de la producción por lo ya producido y en el plano de la recepción por lo ya gozado. Escándalo para la experiencia cultural en que se basa la crítica “culta” ese modo de producción y de fruición aparece semióticamente como otra modalidad de comunicación a la que la sociología se había negado a atribuirle un valor que no fuera negativo. Y esa diversidad que es indudablemente histórica, sociocultural, nos enfrenta a una pregunta clave, pues el modo histórico en que se ha consolidado la organización de los medios masivos no es comprensible, ni explicable, en términos de mera rentabilidad informativa ni en los términos sociológicos del control social.

El segundo rasgo redefinidor de la comunicación de masa -la *asimetría* de funciones y competencias- nos plantea el análisis de una dinámica de interacción a la que no hay acceso desde el modelo informacional. Contrario a lo que postulaba ese modelo estamos ante una comunicación en la que el emisor organiza el mensaje no a partir de la información a transmitir sino más bien a partir de las condiciones -situación, competencias, posibilidades- de la recepción. A esa dinámica de interacción Wolf la denomina *estrategia de anticipación*, mediante la cual “el emisor anticipa la comprensión del receptor, escoge las formas aceptables por el destinatario, y al hacer esto la codificación resulta influenciada por las condiciones de la descodificación” (Wolf, 1985: 131). Es tanto el estudio del emisor como el del receptor los que resultan replanteados. ¿Cómo, a través de qué mecanismos los productores reciclan su conocimiento sobre los públicos, mediante qué rutinas productivas esas anticipaciones se transforman en dispositivos, se sedimentan en fórmulas?; ¿cuál es la durabilidad de los formatos y cómo se asegura el equilibrio mínimo entre innovación y repetición? He ahí un conjunto de preguntas que, formuladas desde una semiótica que desplaza la centralidad ocupada por los textos, empujan la renovación de la sociología que se ocupa de la cultura ocupacional y las ideologías profesio-

nales⁸. Rompiendo con un economicismo, que se correspondía con el lugar asignado al emisor en el modelo informacional, lo que se busca ahora es hacer analizable la *lógica de los procesos* que rige la construcción de los géneros y los formatos. Y lo mismo del lado del destinatario, del lector. Frente a una concepción informacional del receptor como punto de llegada del mensaje, sin otra opción que la de captar o no la información que el mensaje contiene, la semiótica textual nos plantea que “un texto es un mecanismo perezoso que vive de la plusvalía de sentido que el destinatario introduce en él”, y redondeando su formulación U. Eco afirma que “un texto postula su destinatario como condición indispensable no sólo de su propia capacidad comunicativa, sino también de la propia potencialidad significativa” (Eco, 1981: 76 y 77). Lo que nos pone en la pista de las nuevas preguntas que una sociología y una antropología de los usos sociales de los medios no pueden dejar ya dejar de plantearse: ¿qué saberes *constituidos en memoria* -de clase, de etnia, de raza- moviliza la comunicación masiva?, ¿qué imaginarios -de generación o de sexo- median en la lectura y en los modos de ver?, ¿qué espacios y qué actores sociales intervienen en la resemantización?, ¿qué dimensiones de la vida cotidiana son *afectados* por los diferentes géneros?⁹.

2. SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

La imagen consagrada por el título del informe de Simon Nora y A. Minc (1981) ha dado cuerpo a un pensamiento emparentado con la llamada sociedad *post-industrial* (Touraine, 1969)¹⁰, de la mano con lo que se denominó *postmodernidad*. Contra lo que pudiera parecer, de lo que se trata en esas “teorías” -las comillas indican lo arriesgado de nombrar así lo que no es sino una amalgama de estilos, saberes cibernéticos y metáforas tecnocráticas- no es tanto de las nuevas modalidades de comunicación como

⁸ La última parte del libro que estamos citando de M. Wolf está dedicada al análisis de las nuevas propuestas en sociología del emisor-productor de informaciones. Ver también a ese propósito la segunda parte del libro *Sociedad y comunicación de masas* (Curran, Gurevitch y Woolacott, 1981), dedicada al análisis de la organización y ocupaciones profesionales de los medios; también Villafañe, Bustamante y Prado (1987).

⁹ Una explicitación de esas preguntas en Martín-Barbero (*De los medios a las mediaciones*: 239 y ss.). Y una “aplicación” de esas preguntas a la investigación sobre los usos sociales de las telenovelas, en Martín-Barbero (1987).

¹⁰ Hay un capítulo entero dedicado a “Loisirs, participation sociale et innovation culturelle”, pp. 261-307.

de las *nuevas imágenes y modelos de lo social*, de las nuevas configuraciones que adquieren las instituciones y las socialidades. Y ello merced a que las sociedades avanzadas -y con ellas por supuesto "la humanidad"- estarían entrando en una época en que la sociedad toda se organiza según el sistema y el tejido de la info-comunicación.

2.1. Crítica de los pre-juicios convertidos en un "nuevo modelo de sociedad"

¿Qué significa *sociedad de la información*? Básicamente: una sociedad en la que todos los espacios y todas las funciones se hallan *conectados* de forma *autoregulada y transparente*. La *autoregulación* significa "funcionalidad bien templada, solidaridad entre todos los elementos del sistema, donde todos los términos deben permanecer en contacto, informados de la condición respectiva de los demás y del sistema como un todo" (Baudrillard, 1985: 189)¹¹. Autoregulación es equilibrio y retroacción, circulación constante. Autoregulada será entonces una sociedad de relaciones complejas y móviles que harán de cada uno un nudo en el circuito de la comunicación incesante. Por su parte la *transparencia* alude a la transformación del estatuto de los saberes en una sociedad dotada de un lenguaje al que serían traducibles todas las hablas y todos los discursos, o dicho de otro modo: una sociedad capaz de "ordenar esas nubes de socialidad a matrices de input/output, según una lógica que implica la conmensurabilidad de los elementos y la determinabilidad del todo"¹². Con lo cual es la naturaleza misma del saber la trastornada, pues no será tenido por tal sino aquel saber que sea *traducible* a esa lógica y esa mensurabilidad. Transparente será entonces una sociedad en la que ser y saber se corresponden hasta el punto que *lo que es coincide con la información que posee acerca de sí misma*. De ahí que, como afirma Lyotard, en esa sociedad ya no habrá sitio para los "grandes relatos" de la realización del Espíritu o de la emancipación del ciudadano, pues su *sentido* ya no es traducible al nuevo tipo de *valor*. La *opacidad* de lo político queda así abolida en una sociedad cuya *naturaleza* habría dejado de ser conflictiva ya que su *riqueza* residirá en adelante en la

¹¹ Baudrillard había reflexionado ya sobre la "implosión del sentido" en la información, en su libro *A la sombra de las mayorías silenciosas* (1978), y lo retoma en su versión más "apocalíptica" en *Las estrategias fatales* (1984).

¹² Lyotard, J.F.: *La condición postmoderna*, p. 10, y el capítulo 5: "La naturaleza del lazo social: la perspectiva postmoderna", pp. 35-43.

información acumulada y en la densidad del flujo de mensajes puestos a circular.

Así dibujadas las figuras que componen la sociedad de la información traslucen en forma demasiado evidente lo que en su proclama de novedad queda aun de la “vieja” ideología racionalista del progreso, sólo remozada. La ideología del progreso se reencaucha en la idea que liga la evolución social a la comunicación como su fuente de sentido, es decir que traduce el desarrollo social en términos de la creciente complejidad de la información disponible, llegando incluso a identificar el crecimiento de las libertades civiles con el aumento de una comunicación cuyo sistema nervioso se hallaría en el cuerpo de la tecnología. Pero nos equivocaríamos al pensar que detrás de esas imágenes y esas figuras no hay sino viejas ideas remozadas, pues ahí se delinea también la emergencia de un nuevo paradigma del saber social: el de *lo fluido* y *lo circular* por oposición a lo mecánico y lo lineal¹³. De lo que habla ese paradigma es de *la crisis del “pensamiento lineal”*, o sea del fracaso de un modelo mecánico y centralizado de crecimiento, y de los modos de legitimación de las nuevas competencias laborales y profesionales.

Lo que no quiere decir que todo ahí sea ideología. Pues hemos de aceptar que la superación del *pensamiento lineal* está haciendo posible el reconocimiento de nuevos espacios y modos de relación –individuo / Estado, habitante / ciudad, docente / alumno– y de una nueva sensibilidad hacia lo diverso y lo periférico, lo discontinuo y lo descentrado. Esa nueva sensibilidad se traduce en una nueva *percepción del poder* que no aparece ya localizado en un punto desde el cual irradia sino disperso, transversal, y en una nueva valoración de *lo local* en cuanto espacio de la proximidad, esto es donde se hace efectiva la diferencia, de *lo cotidiano* como “lugar” donde se lucha y se negocia permanentemente la relación con el poder. Lástima que ese paradigma tan rico en potencialidades de redefinición de lo social esté sirviendo a “la legitimación de un proyecto tecnocrático que le pide a la tecnología justificar y enmascarar la ausencia de un proyecto social acorde con las demandas que subyacen a los nuevos modos de pensar y hacer la sociedad” (Mattelart, 1986: 81). Es la dirección en que marchan las nuevas estrategias económicas y políticas. Así, la *descentralización*, palabra mágica

¹³ Una reflexión analítica sobre ese nuevo paradigma, en Mattelart, A. y M. (1986, II parte y capítulo sobre “Logique de l’acteur industriel”, pp. 187-198). Ver también Mattelart, A. y M. (1983) y Mattelart, A. y Stourdzé (1982).

del nuevo orden pero cuyo funcionamiento en nada se opone a la concentración del poder económico, pues tanto su campo semántico como el de operación remiten sobre todo a las nuevas exigencias de funcionamiento de los conglomerados transnacionales. De modo que de lo que se termina hablando es de *desregulación* entendida como la menor intervención posible del Estado para que sean “liberadas” las energías del mercado, y de *descongestión* de la gestión administrativa en pequeñas unidades de decisión.

En el campo político, la nueva racionalidad tiene como figura básica una tramposa oposición entre sociedad civil y Estado: a un Estado maléfico y abstracto, esto es divorciado de la sociedad, se le opone una sociedad civil que -mistificando e invirtiendo el sentido que ésta tenía para Gramsci- es identificada con los intereses privados, de la que el mercado sería su mejor expresión, y que estaría formada por la muy concreta comunidad de los individuos con iniciativa! De una vez con la desocialización del Estado se legitima la disolución de lo público, intensificando la privatización de su espacio. En la nueva sociedad el Estado deberá redefinir sus funciones ya no en términos de garante de la nacionalidad sino de gerente de los intereses transnacionales, para lo cual deberá abandonar su “viejo” lenguaje político y adoptar uno nuevo, el de la administración. Mientras tanto el sector privado tiende a inspirarse y a hacerse cargo de las finalidades y el lenguaje del sector público: se “socializan” las demandas del mercado y se universalizan sus normas. Ese es el escenario al que no puede hurtarse el *debate tecnológico* pues las nuevas tecnologías están jugando un papel fundamental en la redefinición y remodelación de la figura y las funciones del Estado. Y ello mediante una lógica paradójica: el chantaje tecnológico de comunicación hace *fuerte* a un Estado al que refuerzan en sus aparatos de control, al mismo tiempo que lo tornan *débil* desligándolo de aquellas funciones que ahora reclama para sí el sector privado.

2.2. Mutaciones sociales ligadas al nuevo “entorno tecnológico”

La posibilidad de comprender la envergadura de las actuales transformaciones tecnológicas pasa paradójicamente por la no reducción de los cambios socioculturales a su dimensión tecnológica dejando por fuera la especificidad de lo que socialmente se produce, o como si esto fuera mero efecto de lo técnico. Pues lo que la presencia de las TIC (Tecnologías de Información y Comunicación) está produciendo a lo largo y ancho del mundo no es comprensible, ni proyectable políticamente, más que a partir de una *visión integral* capaz de ubicar en el entorno de *los procesos* de desa-

rrollo económico-social, y de las prácticas de participación democrática, *los impactos* y *las potencialidades* de esas tecnologías. Movidas y orientadas exclusivamente -durante los años 90- por el sector comercial las TIC han tomado un rumbo radicalmente diferente en los países más ricos que en la inmensa mayoría de países que conforman el mundo empobrecido y subdesarrollado de África, Latinoamérica y Asia. Actualmente casi el 50% de los usuarios de redes digitales residen en los Estados Unidos y Europa; al mismo tiempo que en los países más grandes y económicamente fuertes del mundo pobre las oportunidades de conectarse a las redes ofrecen el índice de desigualdad más brutal: según estadísticas de la CEPAL “en el año 2004 el grupo de ingresos más altos en Brasil alcanzaría una tasa de conectividad del 82% mientras que la tasa nacional sería de sólo 12%”¹⁴. La “brecha digital” es en realidad *una brecha social*, esto es, no remite a un mero efecto de la tecnología digital sino a una organización de la sociedad en la que la propia tecnología se convierte en dispositivo de exclusión que impide a la mayoría acceder y apropiarse tanto física, como económica y mentalmente, de las TIC. Pues la verdadera brecha remite más allá del hecho técnico, a una hipervaloración de la *información* cuyo significado no puede ser comprendido en Latinoamérica mas que conectándolo con la *devaluación* que hoy sufren los saberes tradicionales no informatizables, desde las formas de trabajo “informales” (o sea que no son o no están informadas) y las estrategias campesinas de supervivencia, hasta las experiencias y memorias culturales en base a las cuales sobreviven los emigrantes.

Pero en la idea de *sociedad de la información* hay una referencia a algo innegable: las mutaciones societales ligadas a la “revolución tecnológica” que atraviesan tanto nuestra idea como *la realidad del mundo*. Pues no se trata sólo de lo que le sucede a la parte de la población *conectada* sino tanto o más a la *desconectada*, ya que ahondando la vieja división internacional del trabajo o las tradicionales y las modernas desigualdades sociales, el mundo padece hoy la más gigantesca operación de conexión y desconexión social, política y cultural de la historia humana. Lo que *sociedad de la información* significa entonces es algo que desafía doblemente al viejo pensamiento de la técnica como instrumento o máquina, y al mundo en términos del espacio/tiempo de la sociedad nacional, que ha sido hasta ahora la categoría central de las ciencias sociales.

¹⁴ CEPAL:
www.cepal.cl/publicaciones/DesarrolloProductivo/1/LCG2195Rev1P/lcg2195e2.pdf

El primer desafío es de orden cognitivo, pues estamos ante un nuevo tipo de *tecnicidad*¹⁵ cuya peculiaridad reside en constituirse en ingrediente estructural de la formación de un *tercer entorno* (Echeverría, 1999), de un verdadero *ecosistema comunicativo*. Ecosistema que emerge asociado a una nueva economía cognitiva regida por el desplazamiento del *número* que, de signo del dominio sobre la naturaleza, está pasando a convertirse en mediador universal del saber y del operar técnico/estético, lo que viene a significar la primacía de lo sensorio/simbólico sobre lo sensorio motriz. La numerización digital hace posible una nueva forma de interacción entre la abstracción y lo sensible, replanteando por completo las fronteras entre arte y ciencia. Si desde antiguo la ciencia ha teorizado modos de percepción prefigurados por el arte, hoy no podemos ya extrañarnos de que el artista trabaje programando música o poesía. Pues por escandaloso que eso suene al oído romántico es solo un indicador de la hondura del cambio que convierte a la *simulación informática* a la vez en ámbito de *experimentación científica* y de *creación estética*. El significado mayor de ese cambio remite al sentido emancipador que cobra el *hacer técnico* en su estrecha vinculación con la *experiencia estética*. Esto es, un arte cada día más sometido, o vuelto cómplice, de las presiones del mercado, que asimila la temporalidad de las *obras* a la obsolescencia de cualquier producto comercial, encuentra en la nueva tecnicidad posibilidades de revertir el creciente déficit simbólico que padece. Y a su vez, en la experimentación tecnológica la creación artística hace emerger un *nuevo parámetro de evaluación de la técnica*, distinto al de su rentabilidad o su funcionalidad de control, el de su capacidad de significar, esto es de auscultar y descifrar las más secretas energías que irrigan y dinamizan el opaco y contradictorio curso del vivir social.

Por arriesgado que resulte, Manuel Castells habla de *revolución tecnológica* para intentar pensar las peculiaridades de una tecnología que ya no pasa por sus máquinas sino por configurar un nuevo modo de relación entre los procesos simbólicos -que constituyen lo cultural- y las formas de producción y distribución de los bienes y servicios: un nuevo modo de producir que, asociado a un nuevo modo de comunicar, convierte a la información y al conocimiento en *fuera productiva directa*. Con lo que es *el lugar de la cultura en la sociedad* el que cambia cuando la mediación tecno-

¹⁵ El término es propuesto por A. Leroi-Gourhan (1989) para denominar lo que él llama el “sistema técnico”.

lógica de la comunicación deja de ser meramente instrumental para espesarse, densificarse y convertirse en estructural. Pues tanto o más que a unos aparatos, la tecnología nos remite hoy a nuevos *modos de percepción y de lenguaje, a nuevas sensibilidades y escrituras*. Y la heideggeriana “pregunta por la técnica” se nos vuelve cada día más crucial en la medida en que la diversidad cultural de la técnica, persistentemente testimoniada por los antropólogos, es aceleradamente sustituida por una *tecnicidad-mundo* que desvincula a la tecnología de las herencias culturales permitiéndole instalarse en cualquier región o país como dispositivo de producción a escala planetaria: como *conector universal en lo global*. Al mismo tiempo, al profundizar la división internacional del trabajo la *tecnicidad-mundo* trastorna las condiciones de producción rearticulando las relaciones entre países mediante una *des-centralización* que concentra el poder económico y una *des-localización* que empuja la hibridación de las culturas.

Cuando se producen este tipo de cambios, como nos alertó Walter Benjamin, el pensamiento social se halla ante “modificaciones del *sensorium*, de la percepción colectiva”, siendo tal el trastorno que “las escrituras entran en un *estado de refundición*” hasta el punto de poner en crisis el acostumbrado y legitimador canon de los géneros y las oposiciones en que se sustentaban las autorías y las jerarquías. Y la apuesta formulada atañe a la posibilidad de una lectura crítica de lo social no sólo liberada del reduccionismo y el determinismo sino capaz de iluminar la experiencia misma del vivir social en su más honda trama: la de la creatividad, pues es entonces cuando, según W. Benjamin, la *técnica* revela su estatuto de *mediación de fondo entre escritura y política* (Benjamin, 1969: 130). Es la técnica en cuanto *cuestión política* la que, como nunca antes en la historia humana, necesita ser pensada por las ciencias sociales. Pues la paradoja no puede ser más desconcertante: mientras la política ha sufrido en el último medio siglo un profundo vaciamiento no sólo ideológico sino simbólico, que la incapacita para convocar a los ciudadanos haciéndolos sentir juntos, la tecnología ha pasado, en ese mismo trecho de tiempo, de ser tenida por un mero instrumento a convertirse en *razón*, en una dimensión constitutiva de lo simbólico (Sloterdijk, 2000) en nuestras culturas y nuestras sociedades.

Pensar la relación entre técnica y política en, y desde, Latinoamérica es a lo que nos ha enfrentado el geógrafo brasileño Milton Santos en cuyo último libro publicado en vida (2004) traza su desafiante visión de la globalización a la vez como *perversidad* y como *posibilidad*, esa paradoja cuyo vértigo amenaza con paralizar tanto el pensamiento como la acción

capaz de transformar su curso. De un lado la globalización *fabula* el proceso avasallador del mercado, un proceso que al mismo tiempo que uniforma el planeta profundiza las diferencias locales desuniéndolo cada día más. De ahí la *perversidad sistémica* que implica y produce el aumento de la pobreza y la desigualdad, del desempleo tornado ya crónico, de enfermedades que, como el sida, se tornan epidemia devastadora en los continentes no más pobres sino más saqueados.

Pero la globalización representa también un conjunto extraordinario de *posibilidades*, cambios ahora posibles que se apoyan en hechos radicalmente nuevos entre los que sobresalen dos: uno, la enorme y densa mezcla de pueblos, razas, culturas y gustos que se producen hoy -aunque con grandes diferencias y asimetrías- en todos los continentes, una mezcla posible sólo en la medida en que emergen con mucha fuerza cosmovisiones otras que ponen en crisis la hegemonía del racionalismo occidental; y el otro, unas nuevas tecnologías que están siendo crecientemente apropiadas por grupos de los sectores subalternos posibilitándoles una verdadera “revancha sociocultural”, esto es la construcción de una contrahegemonía a lo largo y ancho del mundo. Para Milton Santos ese conjunto de *posibilidades* abren la humanidad por primera vez en la historia a una “universalidad empírica” y de ahí a una nueva narrativa histórica. Pero la construcción de esa narrativa pasa por una “mutación política”, un nuevo tipo de *utopía* capaz de asumir la envergadura de los numerosos desafíos. Entre los que sobresalen, primero, la existencia de un nuevo sistema técnico a escala planetaria que transforma el uso del tiempo al producir la convergencia y simultaneidad de los momentos en todo el mundo. Segundo, el atravesamiento de las viejas tecnologías por las nuevas llevándonos de una influencia puntual -por efectos de cada técnica aisladamente como lo fue hasta ahora- a una conexión e influencia transversal que afecta directa o indirectamente al conjunto de cada país. Lo que implica la actual mediación de la política, pues si la producción se fragmenta como nunca antes por medio de la técnica, nunca fue más fuerte la unidad política que articula las fases y comanda el conjunto a través de una poderosa “unidad de motor” que deja atrás la pluralidad de motores y ritmos con los que trabajaba el viejo imperialismo. El nuevo tipo de motor que mueve la globalización es la “competitividad exponencial” entre empresas de todo el mundo “exigiendo cada día más ciencia, más tecnología y mejor organización”. Tercero, la peculiaridad de la *crisis* que atraviesa el capitalismo reside entonces en el *entrechoque continuo de los factores de cambio* que ahora rebasan las viejas gradaciones y mensurabilidades desbordando territorios, países y continentes; y

ese entrecroque, hecho de una extrema *movilidad de las relaciones* y una gran *adaptabilidad de los actores*, reintroduce “la centralidad de la periferia”, no sólo en el plano de los países sino de lo social marginado por la economía y ahora recentrado como “la nueva base en la afirmación del reino de la política” (Santos, 2004: 138).

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, P. (1985): *Teoría, política e historia*. México.

BAUDRILLARD, J. (1985): “El éxtasis de la comunicación”, en *La postmodernidad*. Barcelona: Kairos.

BAUDRILLARD, J. (1978): *A la sombra de las mayorías silenciosas*. Barcelona: Kairos.

BAUDRILLARD, J. (1984): *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama.

BENJAMIN, W. (1969): “L'auteur comme producteur”, en *Essais sur Bertolt Brecht*. París: Maspero.

CEPAL:

www.cepal.cl/publicaciones/DesarrolloProductivo/1/LCG2195Rev1P/lcg2195e2.pdf

CURRAN, J., GUREVITCH, M., WOOLLACOTT, J. (eds.) (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.

CURRAN, J., MORELY, D. y WALKERDINE, V. (1998): *Estudios culturales y comunicación*. Barcelona: Paidós.

ECHEVERRÍA, J. (1999): *Los señores de aire y el Tercer Entorno*. Barcelona: Destino.

ECO, U. (1981): *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.

ELLIOT, Ph. (1981): “Organización de los medios y ocupaciones profesionales”, en CURRAN, J., GUREVITCH, M., WOOLLACOTT, J. (eds.) (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.

FABRI, P. (1973): "Le comunicazioni di massa in Italia: sguardo semiotico e malochio de la sociologia", *Versus*, nº 5, Milán.

GOLDING, P. y FERGUSON, M. (1998): *Economía política y estudios culturales*. Barcelona: Bosch.

HALL, S. (1981): "La cultura, los medios de comunicación y el 'efecto ideológico'", en CURRAN, J., GUREVITCH, M., WOOLLACOTT, J. (eds.) (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 357-393.

HALL, S. (1984): "Estudios culturales: dos paradigmas", *Hueso húmero*, nº 19, Lima.

HALL, S. (2003): *Da Diápora. Identidades e Mediações Culturais*. Belo Horizonte: UFMG.

JAKOBSON, R. (1963): "Linguistique et theorie de la communication", en *Essais de linguistique générale*. París.

LEROI-GOURHAN, A. (1989): *El medio y la técnica*. Madrid: Taurus.

LOTMAN, J. (1979): "El mecanismo semiótico de la cultura", en *Semiótica de la cultura*. Madrid: Cátedra.

LYOTARD, J.F.: *La condición postmoderna*.

MARTÍN SERRANO, M. (1974): "Nuevos métodos para la investigación de la estructura y la dinámica de la enculturación", *Revista Española de la Opinión Pública*, nº 37, Madrid.

MARTÍN SERRANO, M. (1977): *La mediación social*. Madrid: Akal.

MARTÍN SERRANO, M. y otros (1978): conjunto de trabajos recogidos en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 3, Madrid.

MARTÍN SERRANO, M. (1981): "Dialéctica acción-comunicación", en *Teoría de la comunicación*. Madrid: Univ. Internacional Menéndez Pelayo.

MARTÍN SERRANO, M., PIÑUEL, J.L., GRACIA, J. y ARIAS, M.A. (1982): *Teoría de la comunicación. Vol. I. Epistemología y análisis de la referencia*. Madrid.

MARTÍN SERRANO, M. (1986): *La producción social de comunicación*. Madrid: Alianza.

MARTÍN-BARBERO, J.: *De los medios a las mediaciones*.

MARTÍN-BARBERO, J. (1987): "La telenovela en Colombia: televisión, melodrama y vida cotidiana", *DIA-LOGOS*, n° 1, pp. 44-60, Lima.

MATTELART, A. y STOURDZÉ, I. (1982): *Technologie, culture & Communication*. París.

MATTELART, A. y M. (1983): *La culture contre la démocratie*. París.

MATTELART, A. y M. (1986): *Penser les médias*. París.

MURDOCK, G. y GOLDING, P. (1981): "Capitalismo, comunicaciones y relaciones de clase", en CURRAN, J., GUREVITCH, M., WOOLLACOTT, J. (eds.) (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 22-58.

MURDOCK, G. y GOLDING, P. (1985a): "Ideología y medios masivos: la cuestión de la determinación", *Los Cuadernos del TICOM*, n° 33.

MURDOCK, G. y GOLDING, P. (1985b): "Teorías de comunicación y teorías de la sociedad", *Los Cuadernos del TICOM*, n° 33.

MURDOCK, G. (1983): "Las transmisiones y la diversidad cultural", en RICHERI, G. (ed.): *La Televisión entre servicio público y negocio*. Barcelona: Gustavo Gili.

NORA, S. y MINC, A. (1981): *La informatización de la sociedad*. México: F.C.E.

ROSITI, F. (1980): *Historia y teoría de la cultura de masas*. Barcelona: Gustavo Gili.

SANTOS, M. (2004): *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal*. Bogotá: CAB.

SHANNON, C.E. y WEAVER, W. (1981): *Teoría matemática de la comunicación*. Madrid: Forja, pp. 43-151.

SLOTEDIJK, P. (2000): "El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología génica", www.petersloterdijk.net/international/texts/es_texts01.html

TOURAINÉ, A. (1969): *La société post-industrielle*, París: Denoel.

VERÓN, E. (1978): "Semiosis de l'ideologie et du pouvoir", *Communications*, nº 28, París.

VILLAFAÑE, J., BUSTAMANTE, E. y PRADO, E. (1987): *Fabricar noticias: las rutinas productivas en radio y televisión*. Barcelona: Mitre.

WILLIAMS, R. (1976): *Culture and society: 1780-1950*. Londres.

WILLIAMS, R. (1980a): *The long revolution*. Londres.

WILLIAMS, R. (1980b): "Teoría cultural", en *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, pp. 91-165.

WILLIAMS, R. (1982): "Las comunicaciones como ciencia cultural", en *Examen de la cultura popular*. México: F.C.E.

WILLIAMS, R. (1983): *Cultura: sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós.

WOLF, M., CASETTI, F. y LUMBELLI, L. (1980 y 1983): "Indagine su alcune regole di genere televisivo", *Ricerche sulla comunicazione*, nº 2 y 3, Milán.

WOLF, M., PRAT, J., RIZZA, N. y VIOLI, P. (1983): *La ripresa diretta*. Roma: RAI,

WOLF, M. (1985): *Teorie delle comunicazioni di massa*. Milán.

PARA CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:

MARTÍN-BARBERO, Jesús (2007): "Paradigmas de comunicación: un mapa con memoria latinoamericana", *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, nº 1, segundo semestre de 2007, pp. 235-260. ISSN electrónico: 1989-0494. Universidad Complutense de Madrid.

Disponible en: <http://www.ucm.es/info/mediars>

(*) El autor

Jesús Martín-Barbero nació en Ávila, España, en 1937. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, donde se doctoró en 1971, y Antropología y Semiótica en la Escuela de Altos Estudios de París. Director del Departamento de Comunicación de la Universidad del Valle en Cali (Colombia), donde permaneció entre 1975 y 1995. Entre 1995 y 2002 ejerció la docencia en Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, en Guadalajara, México. Ha sido profesor visitante de las Universidades Complutense de Madrid, Autónoma de Barcelona, Stanford, Libre de Berlín, King's College de Londres, Puerto Rico, Buenos Aires, Sao Paulo, Lima, etcétera. En 2003, obtuvo la nacionalidad colombiana. Doctor *honoris causa* por la Universidad Nacional de Rosario (Argentina) y por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia).

Ha sido presidente de la ALAIC (Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación), miembro del Comité consultivo de la FELAFACS (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social).

Ha publicado los siguientes libros: *Comunicación masiva: discurso y poder*, Ciespal, Quito, 1978; *Comunicación educativa y didáctica audiovisual*, SENA, Cali, 1979; *Introducción al análisis de contenido*, Incisex, Madrid, 1981; *De los medios a las mediaciones*, Gustavo Gili, Barcelona, 1987; *Comunicación y culturas populares en Latinoamérica*, Gustavo Gili, México, 1987; *Procesos de comunicación y matrices de cultura*, Gustavo Gili, México, 1989; *Televisión y melodrama*, Tercer Mundo, Bogotá, 1992; *Communication, Culture and Hegemony*, Sage, London, 1993; *Dinámicas urbanas de la cultura*, en: *Comunicación y espacios culturales en América Latina*, Bogotá, Cátedra UNESCO de Comunicación Social, Pontificia Universidad Javeriana, 1994; *Pre-textos: conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*, Univalle, Cali, 1995; *Proyectar la comunicación* (con A. Silva), Tercer Mundo, Bogotá, 1997; *Mapas nocturnos*, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 1998; *Medios, Cultura y Sociedad* (con Fabio López), CES/Univ. Nacional, Bogotá, 1998; *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva* (con Germán Rey), Gedisa, Barcelona, 2000.